



LOS FEROCES

Francesca Serra

Ganadora del premio *Le Monde*

CROSS
BOOKS

LOS FEROCES

Francesca Serra

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Elle a menti pour les ailes*
Texto de Francesca Serra
© de la traducción: Ana María Navalón, 2022
© S. N. Éditions Anne Carrière, París, 2020
Publicado mediante acuerdo especial con Julie Finidori Agency y The
Ella Sher Literary Agency
© Editorial Planeta S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2022
ISBN: 978-84-08-25388-4
Depósito legal: B. 4.610-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Septiembre de 2015

Durante sus quince años de existencia, Garance había acabado por llegar a la conclusión de que discutir con su madre no servía para nada. Una persona dotada con una capacidad tal de voluntad para controlar, sin tregua, los cientos de músculos necesarios para mantener una postura perfecta nunca cederá. En nada. Exclamar: «¡No vas a ponerte esa ropa el primer día de clase!» es una cosa, pero subir la apuesta a mantener la cabeza alta con un porte regio, los codos firmes, el pie derecho apuntando hacia fuera, extendiendo los dedos poco a poco hasta el índice y esperar —mientras que el orden sigue su curso, ¿en qué tendón, en qué fascia?— que se le obedezca al momento siempre acaba surtiendo efecto, Garance ya está más que acostumbrada. Y no hace falta que su madre se ponga tan tiesa, no... Ana aspira a estirar a las mujeres hacia arriba: una actitud cansina, una cabeza inclinada, unos hombros encorvados, unos brazos colgando o una simple mirada baja y el ego de sus jóvenes alumnas conserva por siempre la huella de un comentario mordaz. Ana desprecia a la plebe que se somete a la gravedad. Las niñas que han pasado por su estudio de danza se reconocen en su porte. Es un enclave en el centro de la ciudad, un Estado microscópi-

co, regido por unas normas del decoro obsoletas que una respeta al entrar, que no olvida al salir y que solo Garance se ve obligada a cumplir donde quiera que vaya.

El Corifeo es un local de unos setenta metros cuadrados; Ana tuvo que multiplicar los horarios para responder a la demanda. Y dado que ella misma se encarga de impartir todas las clases, las opciones se limitan a danza clásica, jazz moderno y claqué. Aunque la oferta de los estudios de danza de la competencia sea más variada —en Megara también se puede hacer break dance, danza contemporánea, danza africana, capoeira y un montón de disciplinas recogidas en su página de Facebook (que Garance visita de vez en cuando) (no mucho) (después borra el historial)—, la reputación del Corifeo es inquebrantable.

—¿Por qué no te pones el vestido que compramos juntas?

—No me da tiempo a cambiarme...

A Garance siempre le molesta escuchar a la gente decir que Ana es una antigua estrella de la Ópera de París. Su madre nunca fue una estrella, pero hay muchísima gente que piensa que se trata de un término genérico que se aplica a todas las bailarinas de la Ópera. Se confunden con «rata» (que no solo se aplica a las bailarinas, sino a las alumnas del colegio) (en fin, da igual). Ana estudió en Varsovia antes de probar suerte en el concurso abierto a extranjeros; entró a formar parte del cuerpo de ballet de la Ópera de París con dieciocho años y permaneció en él hasta los veintinueve sin haber accedido nunca a papeles de solista, y se le achaca a un embarazo, que quizá no fue deseado, su decisión de abrir un estudio fuera de la capital. Garance no sabe mucho más de la juventud de su madre, salvo que se crio en una isla polaca, en algún punto del sur del mar Báltico, en un balneario que se llama Miedzyzdroje y que Garance es incapaz de deletrear o incluso de pronunciar correctamente. Nunca se

ha molestado en aprenderlo mejor porque a los hijos siempre les parece que la vida de sus padres empezó el día en que ellos nacieron.

—Mañana me pongo ese vestido, da igual.

—¡Hoy es el primer día de clase! ¡Fuimos de compras expresamente!

Las únicas pruebas susceptibles de dejar adivinar quién era Ana antes yacen en el interior de un álbum de fotos. El resto de las madres de la ciudad tiene Instagram o Facebook como mínimo, pero la suya no aparece en ninguna parte en formato electrónico. Ni siquiera en la página del Corifeo. Garance preferiría pasar las fotos familiares en una pantalla; en papel es una tarea angustiada: cualquiera diría que su madre desaparece. Y que tiene varios siglos... Lo cual es así, en cierto modo, dado que la mayoría de las fotos se tomaron en los años 90, en la Ópera de París —Ana posando con un vestido: tiene veinte años, está magnífica—. También hay dos fotos de cuando era niña, en Polonia; era una niña enclenque que apenas se percibía en la fotografía. Además, el color se ha desvanecido en la superficie lisa de modo que, a veces, Garance debe levantar la película transparente para examinar la imagen más de cerca, sacudirla y volverla a contemplar, y tiene la impresión de que su madre en realidad no ha existido. Pero la gente nunca parece tan real como en un .jpg.

—Pareces un saco con esa sudadera.

A ella le parece fantástica: lleva escrito en la espalda «Space Cowboy» con letras moradas.

—¡Y no puedo con esos vaqueros! Siempre te pones la misma ropa...

—Está bien, me cambio —finge Garance quitándose la sudadera.

Debajo lleva una camiseta blanca.

—El cárdigan te quedará bien con eso...

—¡Mamá! ¡Llego tarde!

—Se tardan diez minutos.

—Ni siquiera sé dónde está, creo que en el cesto de la ropa sucia, y Souad me espera abajo.

—Entonces, péinate por lo menos.

Garance suelta una exhalación sonora mientras va a buscar un cepillo. Apenas ha entrado en el cuarto de baño cuando oye que suena su teléfono. Vuelve a salir corriendo, pero es demasiado tarde: «Sí, Souad, baja enseguida...». Odia que Ana responda por ella, ya se lo ha dicho, pero cuando suena algo, su madre responde, es como el perro de Pávlov. Garance se desenreda el pelo con rabia delante del espejo, retuerce un mechón que se sujeta arriba con una pinza de plástico. El reflejo de Ana aparece a su espalda.

—¿Por qué no te haces una trenza?

—¿Dónde está mi móvil?

—Las pinzas son para sujetarse el pelo en la ducha.

—¡Esto es una pérdida de tiempo!

—Como tú quieras... Si te apetece parecerte a una señora de la limpieza...

—¿Qué ha dicho Souad?

—Con lo bien que te queda la trenza de espiga a un lado...

—Venga, pásame un coletero.

—Ha dicho que te espera abajo.

Los habitantes de Ilarène adoptaron muy pronto a Ana Sollogoub; las madres le están agradecidas de que haya enderezado a sus hijas encorvadas. La evolución de ciertas niñas desde que se inscribieron en el Corifeo es innegable: admiten que su profesora podría inculcar gracia a un invertebrado. Pero los celos son un factor de integración aún más importante que los méritos, y las mujeres envidian sobre todo la

belleza con clase de Ana. En especial porque no la usa: llegó soltera y así se ha quedado; ni la peor de las malas lenguas puede soltar el nombre de uno de sus amantes (no obstante, se dice que podría tratarse de mujeres, lo cual explicaría su discreción). Por su parte, Ana se ha convertido en Ilarène hasta el punto de encarnar su mentalidad. Es un lugar que le sienta bien. Sería incapaz de precisar la intuición que tuvo hace quince años, pero si decidió instalarse en esta región del sureste de Francia fue porque se había dado cuenta del tácito poder que ejercían las mujeres. En el reparto reaccionario de los roles, ellas cedieron a los hombres el placer de construir y dirigir y se atribuyeron a sí mismas la autoridad de juzgar. La moral se encuentra bajo su dominio. Ellas dictan la opinión que se propaga desde los hogares hasta las calles, los comercios, las cafeterías... Por todas partes se ven las formas que ellas han autorizado y modelado. Las mujeres deciden *lo que se hace y lo que no se hace*, controlan las imágenes que necesitan los habitantes para definirse, comparándose los unos con los otros. Son ellas las que determinan a qué debe parecerse cada cosa y su función en el espacio de la representación.

Ilarène ha hecho de la belleza su estandarte. El prejuicio según el cual alguien no se la merecería, porque es un accidente, es desmentido por las gentes de este lugar, para quienes la belleza es un valor absoluto y el fruto de una perseverancia de la que nadie soñaría con hacer gala en otro dominio. Se dice de ciertos países que sus mujeres son bellas: su patrimonio genético perpetuaría los rasgos armoniosos de una población privilegiada debido a su clima, sus costumbres alimentarias... También en la escala de una ciudad las mujeres pueden ser guapas, y, si se tienen en cuenta innumerables factores en

la herencia de esta belleza, no sabríamos subestimar la voluntad colectiva. En tres generaciones, pasaron de la lectura semanal de la Biblia a la lectura de la prensa femenina; las mujeres de Ilarène vigilan su nutrición, hacen deporte, matizan el color de su piel con una exposición moderada al sol, se echan cremas, bálsamos y lociones, cuidan su cabellera, se la cortan de tal modo que disimule una frente demasiado alta, un cuello demasiado corto, se maquillan, se visten, se ponen accesorios con talento y, no tanto como una cultura de su apariencia propia, lo que las anima es una estética de grupo. Se ven niñas de trece años horribles, con la cara comida por unas trenzas espesas, las mejillas grasientas, ortodoncia en los dientes, sin formas y sin coherencia en su vestuario, que se transforman en apenas unos meses bajo la influencia de la comunidad en sílfides de cabellos lisos y con mechas, el rostro delgado y los ojos más grandes gracias a un estudiado maquillaje, armadas con una sonrisa recta y desvergonzada, montadas en tacones y propulsadas a la arena del circo por sus pechos que apenas sobresalen. Estas aprendices les roban las miradas ya cansadas a las favoritas del año precedente, fomentan los celos, despiertan en otras niñas el deseo de prepararse más o de cambiar de estilo. Asumiendo su pertenencia al grupo, algunas siluetas desgraciadas terminan por encarnar nuevas formas de belleza: las demasiado delgadas acentúan aún más dicha característica con blusas anchas y pantalones ajustados; las narices grandes asoman con orgullo con la seguridad de destacar entre el conjunto de rostros de muñequitas; las cinturas demasiado anchas se amoldan a su tamaño y se sacuden sin florituras, por lo cual la mayoría de las feúchas siguen siendo guapas debido a que la necesidad de asimilar es vital. Las feas de verdad son segregadas por la comunidad; son las que no se esfuerzan, a las que les falta el gusto —o el dinero— y se niegan a la cirugía si todo lo demás

falla. De una niña pequeña se dice que es guapa o no se dice nada; no hay otros calificativos para describirla: ser despierta, vivaz, independiente, tenaz, capaz de ver las cosas de otro modo son rasgos en los que ni siquiera se fijan. En cuanto a las que ya no tienen edad de ser guapas, siguen teniendo la necesidad de convertirse en juezas de la belleza de otras, sin piedad ni tregua.

Ana no teme la competencia de su hija. A decir verdad, Ilarène le ofrece a Garance un contexto ideal, porque su físico, que habría suscitado la admiración en cualquier otro lugar, adquiere aquí una dimensión mística. Todos los habitantes están de acuerdo: Garance Sollogoub es una belleza rara. No se puede alabar al resto de adolescentes sin que la comparación no tarde en relativizar sus cualidades. Ana Sollogoub se ha sentido orgullosa de ella... y la asalta la tentación de volver a comenzar todos los días con la exégesis del rostro de Garance. Lo compara con el suyo, se busca y se pierde en las diferencias de su parecido, las líneas que las separan. Sigue los rasgos marcha atrás, encuentra la distribución del rostro de sus padres, de sus ancestros, la tipología de su pueblo, la altitud de las montañas. Resulta casi improbable que un solo padre la haya engendrado, dado que su fisionomía parece compuesta por diversas influencias, por idiosincrasias lejanas, por hombres encontrados por azar en los caminos y por siglos de todo un linaje de mujeres. Garance ha heredado de su abuela materna un cuello grácil; de Ana, los párpados fijos, inmensos, y los ojos rasgados que alargan su rostro hasta la sien, así como una cantidad desproporcionada de pestañas. De un padre desconocido, una boca de labios anchos, especialmente bella cuando no sonrío. Probablemente de un familiar por parte de padre —porque los de Ana y las muje-

res de su familia son espesos y fuertes—, unos cabellos frágiles, tan finos que se enredan en cuanto los desenreda. Por eso su madre es tan intransigente con su peinado: Garance parece una sirvienta cuando se deja el pelo suelto. Del padre de su madre ha heredado la frente alta, la nariz aguileña, la mirada rusa y nostálgica, las cejas pobladas. Y, a causa de no se sabe qué malformación genética más que bienvenida —pero ¿era necesario distinguirla aún más?—, ha crecido con una mandíbula ligeramente prognata. Ana lee el rostro de Garance. Se lo conoce de memoria y se le escapa, evoluciona cada día, la elude, le impone los ritmos desacompasados de su transformación. Ana superpone en su memoria todos los rostros de su hija: las múltiples facetas de un bebé que cambia a ojos vistas, los primeros gestos de la niña, el frenesí explosivo de la adolescente y, en la superficie, la figura de la mujer que muy pronto envejecerá, porque la memoria no es más que una facultad imaginativa; conserva las líneas del pasado para formar las del futuro y, cuando el ejercicio pasa a ser demasiado abstracto, Ana solo tiene que mirarse a sí misma en el espejo para saberlo.

De tanto escucharlo decir, Garance ha admitido que se parece a su madre. Tienen los mismos ojos, de un color avellana seco, casi amarillo; se diría que se ha decolorado por el sol. Ana dice: «Tienes mis ojos», como si su hija se los hubiera quitado e hiciera falta destacar la deuda para asegurarse de que un día se la pagará. Garance también tiene una cicatriz minúscula en lo alto del ala de la nariz, que se ve cuando adelgaza demasiado o cuando sus rasgos se tensan por el cansancio. Es cortesía de un gato que la arañó cuando era un bebé. Ella no se acuerda. Ana se lo ha contado. El espejo delante del que se trenza el pelo la refleja a trozos. Estos pette-

necen a otras personas; para que no se encuentren, los observa por separado: la nariz, la boca, los ojos, los pómulos, la cicatriz... La verdadera Garance es invisible delante del espejo. Se sujeta el final de la trenza con un coiletero y absorbe el aire con el interior de sus mejillas; es un mohín que le ha robado a su mejor amiga. Le encanta cuando Souad lo hace, así que ella la imita, cada vez que se acuerda (a veces, no se acuerda durante varios días) (como si el mohín intentara volver a su verdadera dueña) (y luego regresa a ella).

—Espera, déjame ver...

—¿Qué? ¿Qué tengo?

Ana atrapa el mentón de Garance, que quiere liberarse pero no osa hacerlo y que ve, con horror —¡como si tuviera dos años y se hubiera manchado el rostro al comer!— que su madre se lame el pulgar para borrarle el pintalabios que se le ha salido.

—¿No has encontrado otro color que ponerte?

—Este me gusta mucho.

—Ese morado no te pega nada. ¡Con la cantidad de pintalabios que tienes!

Aunque se peleen de una forma más o menos sutil, el resto de las madres de la ciudad no se diferencia mucho de Ana Sollogoub. Realizan los mismos gestos, pronuncian las mismas frases, centenarias. Bajo cada tejado que alberga a una adolescente, la ceremonia es idéntica: ataviarla antes de lanzarla al laberinto de callejuelas y rumores. Porque todas comparten esa misión ambigua, modelada por sus creadoras, que ellas transmiten a sus descendientes y que mantienen en un orden tácito: «Serás una puta, hija mía».